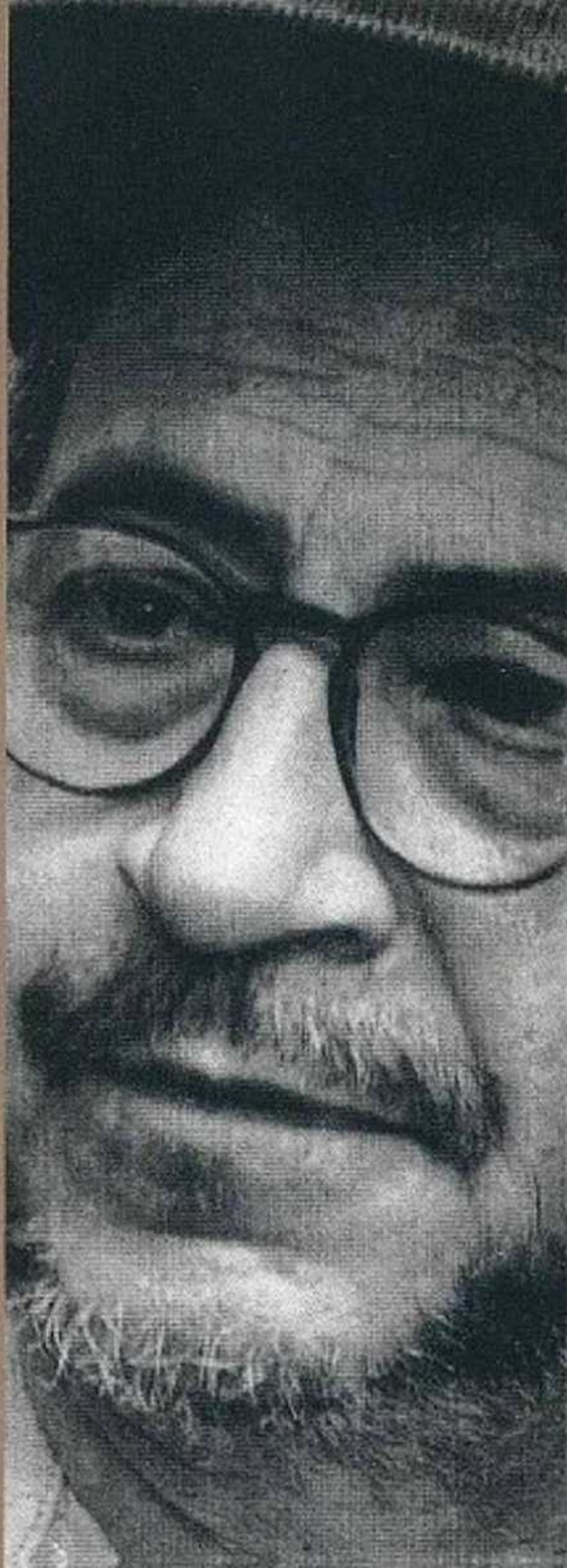


De la calle

Jesús González Dávila



DE LA CALLE

PERSONAJES:

- RUFINO
- XÓCHITL
- SEÑO
- CERO
- GLOBERO
- TRUENO
- OCHOA
- GREGORIO
- PRIMA
- FÉLIX
- CHICHARRA (CHÍCHARO)
- TRES PUTITAS
- CINCO CHEMOS
- TRES SOCIOS

UNO

La acción transcurre por estos días, alrededor de un antiguo edificio de la ciudad de México. Una calle del centro de la ciudad. La fachada de un edificio de dos o tres pisos. Son las siete de la mañana. En el quicio de una puerta, dos hombres acostados entre periódicos. Uno de ellos despierta, se rasca, se sienta, le da un empujón al otro. Se oyen campanadas de un templo cercano cuando pasan dos ancianas de chal negro. El hombre les dice algo. Ellas apresuran el paso y salen. El hombre observa a su compañero, se inclina sobre él, lo palpa. Pasa una mujer con pañoleta después de comprar la leche. El hombre la llama. Ella no voltea, sale rápidamente. Un muchacho con una bolsa de pan se detiene a cierta distancia y mira con atención al hombre, quien ahora sacude con más fuerza el cuerpo del otro; después busca entre los periódicos algo que no encuentra. El hombre parece que solloza, pero habla en voz alta; a nadie en especial. A quien quiera oírlo.

HOMBRE: Estaba bien hace rato, antes que saliera el sol. Estuvimos hablando, y muy bien. Como siempre. (Pausa) Me dijo, tengo sed. Y yo, no tomes agua, le dije... Ya iba a salir el sol y de eso platicamos. Estaba bien hace rato. (Pausa) Luego me quedé dormido. Así, platicando nomás. (Pasan algunos transeúntes. Alguien se detiene un momento. Luego continúa su camino) Mi carnal, mi compañero... cómo no. Cómo no iba yo a saber, si estaba bien hace rato. (Pausa) Hasta me estuvo diciendo que quién sabe cuánto de su jefecito. De sus cosas, pues... (Silencio) Yo le dije, no vayas a tomar agua, porque eso sí hace daño, ¿qué no? (Pausa) Pero me quedé dormido. Así platicando, sin darme cuenta. Ya iba a salir el sol. (Pausa) Sí, le dije, te estoy oyendo, cómo no. Y me dormí, otro ratito nomás. (Pausa) Era mi carnal, mi compañero... cómo no.

Mueve la cabeza, abatido. Parece que solloza. El grupo de curiosos va creciendo. Alguno cubre el cuerpo con un lienzo. El hombre sigue hablando sin parar; dice a uno y otro lo mismo. Una sirena que se acerca. Llegan dos fotógrafos, empujándose, riendo, masticando aún el desayuno. Alistan sus cámaras, escogen ángulos estratégicos. Luego, dos hombres corpulentos de traje y corbata se abren paso a empujones y codazos. El hombre sentado en el quicio de la accesoría sigue repitiendo lo mismo. Del grupo de curiosos se separa el muchacho con la bolsa de pan. Se apoya en el semáforo, al filo de la banqueta. A vuelta de rueda, entra un vehículo de la policía, se detiene frente al muchacho. Éste mira al interior de la patrulla, y obedece la orden de circule. Camina unos pasos. Entra al zaguán del edificio. En la calle continúa la acción de rutina cuando amanece algún muerto en la vía pública. De un radio portátil surge el estribillo de una canción de moda.

DOS

En el zaguán. El muchacho con la bolsa de pan camina por el zaguán. De una puerta angosta surge un brazo delgado que lo detiene al pasar.

XÓCHITL: *(Asoma la cabeza)* Ru... Quiubo, Ru.

RUFINO: ¿Qué pasó?

XÓCHITL: *(Sonríe)* ¿De dónde vienes?

RUFINO: De por ahí.

XÓCHITL: ¿Del mercado tan temprano?

RUFINO: Un mandado de la seño.

XÓCHITL: ¡Hasta pan trajiste!

RUFINO: Ya ves. *(Le da uno)*

XÓCHITL: Te lo van a cobrar.

RUFINO: Ni modo.

XÓCHITL: ¿Te dije que ya trabajo?

RUFINO: ¿Y dónde?

XÓCHITL: Con don Gregorio; en su papelería.

RUFINO: ¿Desde cuándo?

XÓCHITL: Dentro de un rato comienzo.

RUFINO: Está bueno.

XÓCHITL: Tú dices si festejamos.

RUFINO: Luego. Luego hablamos. *(Se retira)*

XÓCHITL: *(Lo detiene)* Ru... Ru.

RUFINO: Tengo que subir.

XÓCHITL: ¿Vamos a la feria...?

RUFINO: ¿A cuál feria?

XÓCHITL: La que acaban de poner.

RUFINO: Ah, sí... Aquí a la vuelta.

XÓCHITL: Dicen que... es más bonita que las otras.

RUFINO: Bueno.

XÓCHITL: ¿Vamos a la tarde?

RUFINO: A la noche. Mejor a la noche.

XÓCHITL: Órale. *(Rufino sube las escaleras)* Adiós, Ru.

Xóchitl muerde el pan y desaparece tras la puerta angosta.

TRES

Un cuarto de azotea. El cuarto de la Seño es extremadamente reducido. Se amontonan mesa, ropero, estufa y cama. Rufino deja la bolsa de pan sobre la mesa.

RUFINO: ¡Ya vine...! *(Un silencio)* ¡Seño, ya vine! *(Entre las sábanas revueltas aparece una vieja despeinada)*

LA SEÑO: ¿Y... el Ochoa?

RUFINO: No sé.

LA SEÑO: ¿No te encontró?

RUFINO: No.

LA SEÑO: Salió como un demonio detrás de ti.

RUFINO: No vi a nadie.

LA SEÑO: (*Revisa la bolsa*) ¿Y este pan?

RUFINO: Se lo manda Sancho. (*Pausa*) Oiga, seño... ¡Mire nomás cómo le dejó el cuello! Y ahora, ¿por qué fue?

LA SEÑO: (*Saca un pan*) El bueno del Sancho... ¿ya estaba en el puesto?

RUFINO: Sí, pero... déjeme limpiarle. ¡Mire, tiene sangre hasta adentro de la oreja!

LA SEÑO: Luego, luego... ¿Le diste lo que te mandé?

RUFINO: Sí, seño... (*Mientras le limpia la cara*) Todavía estaba oscuro cuando llegué al mercado. Sancho me dio ese pan, que se lo trajera; también ese bultote de hojas, mire.

LA SEÑO: Pero, ¿le dijiste lo que...?

RUFINO: Pues claro.

LA SEÑO: ¿Abrió la bolsa con...?

RUFINO: Hasta lo probó.

LA SEÑO: ¿Y qué dijo?

RUFINO: ¡De primera! ¿Qué iba a decir?

LA SEÑO: ¿Y el recado? ¿Y el dinero?

RUFINO: Todo, seño. Como usted me dijo. Está de acuerdísimo. Y necesita otra entrega de la misma, pero ya.

LA SEÑO: ¡Está loco! (*Un silencio*) En el pocillo hay café.

RUFINO: Sancho me dio chilaquiles; ya lo conoce. Hasta llenar. Comí para todo el día. (*Pausa*) Sancho sí es bueno.

LA SEÑO: No como mi viejo.

RUFINO: ¿Ahora por qué le pegó el Ochoa?

LA SEÑO: ¿Todavía lo preguntas? Nomás sintió que saliste y se paró a buscar como loco la bolsa y todo. Luego me surtió a patadas cuando le dije que...

RUFINO: Pero él ya sabía, ¿qué no?

LA SEÑO: Se puso peor que nunca. A puro grito. Que esa yerba era para otro fulano; la tenía comprometida con los Canijos. Y que te iba a... (*Contenida*) Ay, Rufino. Mejor te vas. Porque ora sí, el Ochoa anda muy bravo. (*Silencio*) Te vas por un tiempo largo. Con el Sancho, dile.

RUFINO: El Ochoa me aprecia.

LA SEÑO: Pero como anda de bravo, no distingue ni a su propio hijo.

RUFINO: ¡Yo ni soy hijo del Ochoa! (*Silencio*)

LA SEÑO: ¿Quién te dijo eso...?

RUFINO: ¿Qué cosa?

LA SEÑO: Que no eres hijo del Ochoa. Que eres regalado.

RUFINO: ¿Usted creía que no sabía nada? Uy, desde cuándo. (*Pausa*) Como quiera, el Ochoa me aprecia.

LA SEÑO: Anda bravo el Ochoa. Si te encuentra, sepa dios de lo que sea capaz. (*Pausa*) Vete, Rufino. Y ni regreses. (*Silencio*)

RUFINO: ¿Usted sabe... de mi papá? Digo, el de a de veras. ¿Usted sabe?

LA SEÑO: ¡Quítate! ¡Qué voy a saber!

RUFINO: ¿Por qué no me dice?

LA SEÑO: ¡Porque no sé!

RUFINO: ¡Total, si ya me voy!

LA SEÑO: *(Pausa)* Trabajó por Garibaldi, dicen, hace años. De mesero o algo así. Luego lo vieron en el Canta Ranas.

RUFINO: ¿Dónde es eso?

LA SEÑO: Un tugurio atrás de la Merced, pero ya lo tiraron.

RUFINO: ¿Entonces? *(La Seño pone alguna ropa sobre una camisa, le amarra las mangas y le entrega el bulto)*

LA SEÑO: Toma, llévate esto. Y la bolsa de pan. *(Rufino la mira a los ojos)* Se llama Alfredo. Alfredo Hernández.

RUFINO: ¿Alfredo Hernández?

LA SEÑO: ¿Sabes cuántos hay que se llaman igual?

RUFINO: ¡El chingo! *(Pausa)* Pero lo voy a buscar.

LA SEÑO: Tú sabrás.

RUFINO: *(Toma el bulto y la bolsa)* Seño...

LA SEÑO: No, ni me lo agradezcas. Has sido bueno, y por eso me apuro. *(Lo empuja a la puerta)* ¡Ándale, no vaya a regresar el Ochoa!

RUFINO: Póngase algo en ese golpe, seño. Se le ve re feo.

LA SEÑO: Sí, sí. Vuélale tú. No te lo vayas a encontrar en la escalera o el zaguán. *(Rufino sale. Ella le grita desde la puerta)* Oye. En aquellos tiempos le decían... ¡el Chicharo...! A la mejor alguien se acuerda.

Cierra la puerta. Va y se tira de nuevo en la cama.

CUATRO

En el crucero. En la esquina, junto al semáforo, un joven ofrece a los manejadores cajas de pañuelos desechables. El tránsito es pesado a las nueve de la mañana, cuando llega Rufino.

CERO: ¿Qué pasó, tú?

RUFINO: Nada... ¿Y tú?

CERO: ¿Desde cuándo no nos mirábamos?

RUFINO: ¡Uta, desde cuándo!

CERO: ¿En qué has andado?

RUFINO: En lo mismo, ¿y tú?

CERO: Pss, ya ves.

RUFINO: Del albergue, ¿te saliste?

CERO: Soy de la calle, carnal, ¿qué quieres?

RUFINO: ¿Y dónde le llegas ahora?

CERO: Con uno que está bien locote. Ya lo conocerás.

Corre tras un auto ofreciendo sus cajas, que no le compran. Regresa con Rufino.

CERO: A ver cómo te pinta. Es... encantador de serpientes.

RUFINO: No jodas. ¿En un circo?

CERO: En una casa de citas.

RUFINO: ¿Y qué con eso?

CERO: Uta, ¿andas erizo?

RUFINO: ¿Cómo me ves?

CERO: ¿Te echaron a la calle? ¡Pinche Rufino! ¡Te lo dije! ¡Esos güeyes con los que estabas eran balines!

RUFINO: La seño me aprecia. El Ochoa, pues también, aunque tenga su carácter.

CERO: Ese Ochoa sólo te quiere de esclavo.

RUFINO: Pero sí me aprecia.

CERO: ¿Qué traes en la bolsa? (*Saca un pan*) ¿Viste al que amaneció afuera de la tintorería? Se reventó por adentro. El hígado, dicen. Pintaron con gis donde estaba el cuerpo. (*Pausa*) Y ahora tú, ¿en qué la vas girar?

RUFINO: ¡Sabe! (*Pausa*) A ver qué sale. Y tú, ¿qué pedo...?

Cero va con sus cajas hasta un coche. Luego regresa sin haber vendido.

CERO: ¡Ya me acordé, carnal! No nos mirábamos desde la otra vez. Cuando lo de la miscelánea.

RUFINO: ¡Ah, sí! La miscelánea.

CERO: (*Se acuerda, se ríe*) Cuando salimos destapados... ¿A poco se te olvidó?

RUFINO: ¿Pues cómo?, si la caja que me volé no tenía galletas.

CERO: Era una cajota de galletas "Marías".

RUFINO: ¡Puras ligas, cabrón! ¡Puras ligas de hule!

CERO: (*Riendo*) Pero como quiera te las comiste, me cae.

RUFINO: A ti sí te fue mejor.

CERO: Alcancé a colgarme de un materialista que pasaba. Pero tú te quedaste ahí, paradote en la banqueta.

RUFINO: Mirando mi caja de ligas.

CERO: En lugar de correr, güey.

Los dos ríen. Comen pan.

RUFINO: Sí... Si sí corrí. Brinqué bardas, salté por azoteas, en chinga.

CERO: Pero te agarraron, supe.

RUFINO: Una más, una menos.

CERO: ¡Qué güey, Rufino! ¡Qué güey eras entonces, me cae que sí! (*Corre hasta un auto con sus cajas. Regresa sin vender*) Pero, óyeme carnal. Ahora es distinto. Soplan vientos mejores. Vente conmigo, ¿qué dices?

RUFINO: Pues por eso vengo. A ver qué transa.

CERO: Menos riesgos. Más ganancias. Tú dices si le entras.

RUFINO: ¿Nosotros y quién más?

CERO: El carnal del que te platico.

RUFINO: ¿El que hipnotiza víboras? ¡No mames!

CERO: ¡Uta! ¡Ese sabe un chingo de movidas! Siempre va a la segura. Y se organiza bien de acá. Le pone cerebro. Nomás de pura pantalla es merolico. Ya lo vas a conocer. Déjame que saque una feria de estas cajas y lo vamos a ver.

RUFINO: ¡Aquí te vas a echar todo el día! ¡Ni compren nada!

CERO: Ha de ser por la hora. Y para acabarla de joder, el Globero no tarda en llegar...

RUFINO: ¿El Globero?, sí. Ya sé cual. Lo he mirado...

CERO: La esquina es suya.

RUFINO: Ps, ¿te va a madrear? ¿O qué?

CERO: Anoche que estaba taloneando aquí ese Globero, le armaron un pedísimo. Hubieras visto. Por nada, por una flameada que le puso a un mono de carro grande. Se lo llevaron antes que llegara la tira, pero han de haber sido los mismos.

Llega el Globero. Sin cejas, con erupciones en la piel de cara y brazos. Trae un garrafón con gasolina y su antorcha de estopa. Mira a los otros.

GLOBERO: ¿Entonces qué?

CERO: Nada... Aquí nomás.

GLOBERO: ¿Quién te invitó? (*Silencio*) ¿Quién te dio permiso? (*Silencio*) ¿No sabes de quién es la esquina?

CERO: ¡Sí, mi carnal! ¿Cómo no voy a saber? Si yo siempre ando por aquí. Nos hemos visto, ¿qué no? El otro día...

GLOBERO: (*Interrumpe*) ¿Entonces...?

CERO: Nada, Globoero. Nada. Nomás estaba aquí de mientras...

GLOBERO: ¿Mientras qué?

RUFINO: Te la estábamos cuidando.

GLOBERO: ¡No mames, hijo! Te estás ganando una buena rociada.

RUFINO: Ya nos vamos.

CERO: Ese Globoero, ¿en qué paró lo de anoche? Los chamuscados. ¿Cómo te fue con los cábulas?

GLOBERO: ¡Pinches canijos! ¿Pues cómo querías que me fuera? (*Muestra el estómago con moretones*) Me surtieron macizo. Pero les aguanté a esos hijos de su...

RUFINO: (*Le da varias pastillas*) Échate una de éstas.

GLOBERO: ¿De cuáles pastas son? ¿Qué mugrero es ése?

RUFINO: Es árnica, nomás. Chochos de árnica.

GLOBERO: (*Los prueba*) Uta, saben a madres.

CERO: Pero no los chupes, carnal. Se tragan.

RUFINO: Son para los golpes de adentro; los que no se ven. Te echas cinco chochos cada que te acuerdas. Ahora, mañana y pasado.

El otro se guarda el frasco.

CERO: ¡Hubieras visto al Globoero anoche, Rufino! Como si fuera el mismo dios de las llamaradas, el cabrón. Y que pasa un tipo en un carrazo blanco y que se la mienta. Así, nomás porque quiso.

Hubieras visto, Rufino. Como nopalito chamuscado nomás quedó. ¡Y qué gritadera de gente!

GLOBERO: Sí, pero lo del flamazo fue nomás el pretexto. Esos canijos querían que yo les soltara otros rollos, pero ni madres. (*Prepara su antorcha*) ¡Me la pelaron bien y bonito! Porque no les dije nada. Bueno. Háganse, que voy a trabajar.

CERO: Nos vemos despuesito, Globoero.

GLOBERO: ¿Ah, sí? ¿Y cuánta lana te estás llevando, cabrón?

CERO: ¡No chingues! ¡Ni vendí nada! Apenas iba a empezar cuando me caíste.

GLOBERO: ¡Sí, cómo no...! A ver esas monedas.

CERO: Ni una pinche caja pude vender, ¿no es cierto, Rufino?

GLOBERO: Aquí se quedan a ayudarme un rato, ¡a güevo!

CERO: Pero... mi carnal trae un pendiente.

GLOBERO: ¡Se chingan y me alivianan! Tú, güey de los chochos, por ese lado. Y tú les llegas a los carros por acá.

Algunos automóviles se detienen frente al semáforo. Sobre el ciclorama se proyecta el enorme resplandor de una llamarada. El ruidero de cláxons.

CINCO

Una camioneta panel, estacionada sobre la banqueta. Sucia, despintada, con los vidrios manchados. Parece abandonada. Llegan Rufino y Cero.

CERO: *(Golpea la carrocería)* ¡Carnal...! ¡Carnal...!

voz: *(Del interior)* ¿Quién?

CERO: ¡El Cero, carnal! *(Silencio. Toca otra vez)*

voz: *(Del interior)* ¿Quién chingados?

CERO: Es el Cero... ¿no abres?

Un silencio. La puerta de la camioneta se abre para ver a Trueno, de overol y tenis, corpulento, con melena y ojeras muy marcadas.

TRUENO: Pasen, pasen. Nomás no le echen lodo a la alfombra.

Cojines de telas floreadas, cortinillas con flecos, móviles colgantes, entre el desorden y la suciedad. Una vez que han entrado, Trueno cierra la puerta de golpe e inmediatamente toma a Rufino por el cuello y lo levanta en vilo.

RUFINO: *(Apenas)* ¡Oye...! ¿Por qué?

Trueno le da una bofetada que se oye resonar.

TRUENO: ¿Qué me andas gritando tú? ¿Qué me gritaste?

RUFINO: *(Confundido, asustado)* ¿Yo...?

TRUENO: ¡No te hagas!

RUFINO: ¿Cuándo...?

TRUENO: ¡El otro día, pinche güey! ¡No te hagas!

RUFINO: ...Yo no... fui.

TRUENO: *(De un putazo en las costillas lo lanza a un rincón)* ¿Qué me gritaste al pasar? Repíttemelo ahora, hijo de tu pelona.

Rufino se hace nudo entre los cojines y trata de esquivar la lluvia de patadas.

CERO: *(Se interpone)* ¡Ya, cálmala! ¡Ya está bueno!

TRUENO: Muy machito, ¿no?

CERO: ¡Déjalo! ¿Qué no oyes?

TRUENO: Muy machito.

Trueno se detiene, con esfuerzos. Aún agitado va a un espejo, se compone la cabellera.

CERO: Si hubiera sabido que lo ibas a madrear.

TRUENO: ¡Tú no mames, o también te pongo parejo!

CERO: ¡Mejor ni lo hubiera traído!

Cero ayuda a Rufino a levantarse. Tiene sangre en la nariz. Trueno toma unos tragos de ron, hace buches. Escupe, rociando la cara de Rufino, quien grita de dolor y de susto. Trueno ríe a carcajadas.

TRUENO: *(Lo observa de lejos)* ¿Tú crees que sirva?

CERO: ¡Ps, claro!

TRUENO: Pero, ¿no ves? ¡De todo se asusta!

CERO: ¡Qué cabrón!

TRUENO: ¡Todavía está temblando!

CERO: Con tanto madrazo, ¿qué querías?

TRUENO: ¡Va a llorar! Límpiale los mocos. Y mejor llévatelo.

Cero trata de limpiarle la cara.

RUFINO: *(Apenas)* Estoy bien, estoy bien.

TRUENO: ¡Pinche Cero! Vas y me traes al primero que te ligas en la esquina. ¿Pues qué pedo contigo...?

CERO: Rufino es otra cosa. Es carnal de hace un chingo, ¿no, Rufino?

TRUENO: ¿Rufino? ¿Y andas en el talón, o qué?

RUFINO: *(Sincero)* Necesito una feria.

TRUENO: ¡Yo nunca doy nada por nada! *(Lo pellizca en una nalga)* ¿Y tú?
Trueno vuelve a tomar ron. Va y se pone los audífonos de una pequeña grabadora. Tararea y bailotea una música que no se oye.

RUFINO: *(Aparte)* ¿Y éste es el que hipnotiza víboras?

CERO: ¡Pero ni se lo recuerdes!

RUFINO: ¿Por qué?

CERO: Le encabrona hablar de cuando anduvo en el circo.

RUFINO: ¿Se escapó de un circo?

CERO: ¡N'ombre! Traía un aparato de sonido sobre el techo de esta camiona. Anunciaba las funciones por donde iba pasando.

RUFINO: ¿Unos que parecen cornetas?

CERO: Anduvo vendiendo de todo. Menos klínex, como si vender eso fuera ya lo peor; ni pañales desechables, dice. *(Pausa)*

RUFINO: ¿Y por qué se pinta así?

CERO: De pura loquera. Un día que lo madrearon los Canijos le dejaron los ojos así; luego él mismo comenzó a pintarse de negro alrededor.

RUFINO: Nomás le falta su medita roja de merolico para... *(Ríen, bajito)*

TRUENO: *(Se arranca de un tirón los audífonos)* ¡A mucha honra, par de güeyes! *(Se pasea, exhibicionista)* Tirar el rollo, el buen rollo, tiene su chiste. Que cuiden el agua, que no tiren basura y las arañas. Pintado así se me juntan más y me compran lo que sea. A veces, hasta pedazos de recitaciones me aviento.

RUFINO: ¿Y... sabes hipnotizar serpientes?

TRUENO: ¡Claro, claro! Y en el volante, ¡soy un chingón! ¿Cuántos festivales he ganado, Cerillín? Dile, dile...

CERO: Le dicen: “Trueno, el cafre sin freno”.

TRUENO: Pero con voz ronca, me anuncian “Trueno, el cafre sin freno...” *(Se pone serio)* ¿No me crees, puto? *(Le da un fuerte empujón a Rufino)*

CERO: Chale, carnal. No comiences otra vez.

TRUENO: *(Encendido de nuevo)* ¡Te crees mucho; te crees mucho! *(Otro trago de ron)*

CERO: Ps, ¿cuál es el pedo contigo? ¡Ya deja de chupar!

TRUENO: *(Luego de un silencio)* ¿Cuántos años tienes?

RUFINO: *(Desprevenido)* ¿Yo...?

TRUENO: ¡Ni me digas, que me da coraje!

RUFINO: Bueno, los que tú quieras.

TRUENO: *(Ríe)* ¿Oíste, cerillo? ¡Tiene los que yo quiera! *(Pausa)* ¡Se siente el gran chingón! También yo, tengo los que tú quieras, mi amor. *(Le da una fuerte cachetada)* ¡A ver, baboso! ¿Sabes manejar, cambiar llantas, enfrenar sin frenos?

RUFINO: Sí...

TRUENO: ¿Y no abrir la boca, aunque te quiebren todos los dientes? ¿Y aguantar las horas, con los ojos abiertos frente a la luz más fuerte? ¿Y resistir calambres en los huevos y en el culo? ¿Y aguantar la sed o las ganas de cagar? *(Le da otra cachetada)* ¿Y guisar un huevo? ¿Lavarme los calzones? ¿Rascarme la espalda, las costras? ¿Curármela? ¿Mamármela? ¿Soplármelos? *(Rufino dice sí a todo)* Lo compro, lo compro. Que me lo envuelvan. *(Lo arroja a un rincón, luego dice a Cero)* ¿Dónde encontraste a este ojete...?

CERO: ¡Ése mi Trueno, si no te aplacas, un día te van a dar un susto! Y te chamuscan como nopalito... *(Silencio)* Rufino... es de la calle. Como yo. Es mi carnal. Respondo por él. *(Pausa)* Le dije del trabajito que tanto te urgía. ¿Cuándo va a ser, pues?

TRUENO: ¡A la de ya! Tengo que mover esta camiona de la cuadra; y pues, no me voy a ir así, así nomás. *(Mira a Rufino)* ¡Pero este culerín, a lo mejor no le entra!

RUFINO: Yo... Yo le entro. A eso vine.

TRUENO: *(Sonríe)* Tendrás que ir por delante.

RUFINO: Ya sé.

TRUENO: Lo que salga mal, ni te conocemos.

RUFINO: Pues no.

TRUENO: Lo que saques, es para todos.

RUFINO: ¡A güevo!

TRUENO: Es aquí cerca.

RUFINO: Mejor.

TRUENO: Puede que te conozcan.

RUFINO: ¡Total! *(Un silencio)*

TRUENO: Vamos a llegarle a la papelería de junto.

CERO: ¿La papelería de aquí junto?

TRUENO: Sí, ésa. La papelería.

CERO: Pero, ¿qué vamos a sacar de ahí? Veinte billetes y ya.

RUFINO: ¿La papelería de don Gregorio, dicen?

CERO: ¿Cómo se te ocurre, Trueno? ¡Andas re mal!

TRUENO: ¡El pendejo eres tú! Ese vejestorio tiene el chingo de negocios y movidas. Y lo más chanco lo guarda aquí mero, en la trastienda.

CERO: ¿Quién te dijo?

TRUENO: A ver, Rufino: ¿tú conoces al tal Gregorio? *(Pausa)* ¿Ya ves, cerillo? Rufino conoce a Gregorio, y de seguro Gregorio conoce a Rufino. Son un par de putones, no hay problema. *(Pausa)* Ese señor tan propio, con sus ojos soñados y sus pelitos perfumados, es fácil de asustar. *(A Rufino)* Tú nomás entras, lo saludas de beso, y agarras la caja.

RUFINO: ¿Cuál caja?

TRUENO: Y te vienes.

RUFINO: ¿Me vengo?

TRUENO: Sí, te vienes, ¿o no vas a poder...?

Trueno suelta una carcajada. Luego, una transición.

Trueno toma la mano de Rufino entre las suyas, le habla con una suavidad inesperada.

TRUENO: A ver, a ver, Rufino, deja ver esa mano sudada y medio mugrosa; enséñame la palma de tu mano que voy a decirte lo que te conviene a ti, que no hallas que hacer, que vagas por el vecindario, que habitas el edificio, el departamento, el cuarto de azotea; que has llorado a escondidas porque cada vez que te lanzas no falta quien se burle de tus sentimientos. Mira, déjame decirte, no regales tus favores, ni regales tu sudor, ni te fíes de los ojos claros. No desperdicies tu sal. Ni tu fuerza vital... A ver esa mano puñetera, ponla más abierta y oye lo que te dicen mis palabras, porque miro en tu mano la preocupación que no te deja, mira, esa cosa que te obsesiona a todas horas ... Espérate, no te vayas. A través de tus pensamientos, de la palma de tu mano, ya miro que preguntas por un caballero, por uno que está muy lejos y muy cerca, que tú quisieras saber; pero mira. Déjame decirte. No te conviene buscarle por ahí, porque las cosas no son como parecen; mira, presta tu atención; te voy a decir ahora cuál es tu problema y cómo puedes

resolverlo; en estos tiempos en que no hay dinero ni trabajo ni nada. Mira, déjame decirte lo que te conviene...

Dos músicos ambulantes, un tambor y una trompeta pasan a un lado de la camioneta, tocando sus instrumentos, cubren las palabras de Trueno.

SEIS

Fachada del edificio. Afuera de la papelería. Rufino, y después Cero, entran a la accesoria. Trueno permanece en la puerta unos momentos, después se introduce también. En el interior del local se oyen voces y un grito de mujer. Poco después, una joven aparece en la puerta con las ropas desgarradas. Es Xóchitl. Camina unos pasos, temblorosa y asustada. Del interior sale Trueno, la alcanza, forcejea con ella, la domina y con violencia la saca de escena. Algún transeúnte pasa de prisa, tratando de no mirar. Se oye a lo lejos la sirena de una patrulla. Cero sale de la papelería con algún objeto, mira a los lados y corre fuera del escenario. La patrulla aparece lentamente. Se detiene ante el local. Por la radio de onda corta se oyen instrucciones de la central.

SIETE

En la delegación. Rufino, con las manos atadas a la nuca, frente a un hombre corpulento que lo observa.

RUFINO: *(Lo reconoce)* ¡Ochoa...! ¡Ochoa...! ¡Qué bueno, Ochoa! Quería decirte lo de la seño; yo iba a, nomás...

Rufino es lanzado contra un rincón. Un tubo de hule macizo le golpea el estómago. Sus piernas se doblan, su cuerpo se desliza y queda en cuclillas. A su lado, el Ochoa le habla quedo.

OCHOA: ¡Mira nomás! *(Silencio.)* Mira nomás... Dónde te vine a encontrar, Rufino. *(Lo levanta de los cabellos, hasta hacerlo pararse en las puntas de los pies)* Mira nomás. *(Pausa)* Estás muerto, Rufino, mira nomás. *(Lo suelta. Rufino se derrumba de nuevo. Algunas sombras pasan por el pasillo de junto. El Ochoa simula)* ¿Te sientes mal?, ¿quieres agua?, ¿necesitas algo? *(Cuando vuelven a quedar solos, le da un tubazo en el pecho)* Mira nomás. *(Silencio)* Pero para chingarse al Ochoa, se necesita lo que no tienes. *(Pausa)* ¡Pendejo...!

Se oye una voz fuera que grita.

voz: ¡Rufino Mireles...!

OCHOA: *(Suavemente)* ¡Mira nomás, qué cara pones! ¡Pero del Ochoa no te salvas, pendejo! ¡Ya verás! *(Pausa)* ¡Ya verás!

El tubo de hule golpea una vez más el abdomen de Rufino. Un momento después, Rufino es empujado para que se alinee con otros sospechosos que se van colocando bajo la luz potente de las lámparas. Se oyen voces fuera de la luz.

XÓCHITL: *(Llorosa)* No sé. Le digo que no sé. Nunca los había visto. ¿Eh...? *(Pausa)* Ni a aquéllos ni a éstos. *(Pausa)* ¿A qué horas me van a soltar? ¡Que no sé!, ¿no le digo? Lo que quiero es irme. No, yo no hice nada, ¿por qué? *(Pausa)* ¡Que no, ya le dije que no...!

GREGORIO: Pero, ¿cómo se le ocurre, Ochoa? ¿Identificarlos? Yo estaba tan asustado como la muchacha. *(Pausa)* En ese momento, todos se ven iguales. *(Pausa)* Bueno, ése del bigotito no... El de la cintura quebrada, más bien. No, el de la camiseta, ése... quiero decir, se ve capaz de todo. A ver. Enséñeme los que siguen. *(Pausa)* ¿Qué...? ¿no tiene más?

La fila de sospechosos sale entre empujones e insultos de todos contra todos.

OCHO

Un departamentito. La pequeña estancia con papel tapiz rosa. Un sillón, espejos y una cantina, alrededor de la cual revolotean tres jovencitas con ropa brillante y ajustada.

PUTITA 1: ¿Y de qué te ríes?, me preguntó.

PUTITA 2: Le hubieras dado un sofocón, manita.

PUTITA 1: La risa es muy natural, le dije.

PUTITA 2: ¡Ahí fue donde perdiste! ¡Hay que darse su lugar!

PUTITA 1: Pero, ¿qué quieres? Cuando menos te lo esperas... zaz, caes bien redondita.

PUTITA 2: ¡Me lo imagino!

PUTITA 3: Oyes, pero no me quedó claro. ¿Era un vigilante así nomás, o uno de patrulla y toda la cosa?

PUTITA 2: ¡Un canijo, eso ha de haber sido!

PUTITA 1: ¿Qué les pasa? ¡Era un oficial! Uno de esos de gorra con visera, que parecen capitanes de barco.

PUTITA 3: Ay, sí. Mi querido capitán.

Risitas que se cortan de repente al entrar don Gregorio y la Prima, una mujer entrada en años y en carnes.

PRIMA: Pues le hacemos como quieras, pelón. *(Echa una mirada a las otras)* Pero ya habíamos quedado en otra cosa.

GREGORIO: ¡Muy cierto, muy cierto!

PRIMA: ¡Y una promesa, es una promesa!

GREGORIO: Será por poco tiempo, no te apures.

PRIMA: Figúrate tú. Ya le había mandado a mi primo para el pasaje. Te había dicho, ¿no?

GREGORIO: Dile a tu primo que te aguante. Luego te lo traes...

PRIMA: No le va a hacer mucha gracia, júralo.

GREGORIO: Prima. Tú sabes. El muchacho me interesa de veras. Ya le había echado el ojo desde antes; pero hasta ahora se presentó la oportunidad y... En cuanto le quites un poco lo pendejo me lo llevo. Ten, para los primeros gastos; pero te lo encargo mucho.

PRIMA: *(Guarda el dinero)* Está bien. Tú mandas.

GREGORIO: Prima, no lo tomes así. Es un favor que me haces, y ahí te lo debo. A ver, prima. Sonríe...

Rufino aparece en la puerta.

PRIMA: ¡Mira! ¡Qué diferente se ve bañadito! *(A Gregorio)* Tienes buen ojo. Nunca te falla.

Rufino pasa junto a la cantina, donde las otras lo detienen.

PUTITA 1: Vente para acá. No te vamos a comer.

PUTITA 3: ¿Se te antoja un drink, o qué?

PUTITA 2: Es muy temprano, manita. Mejor o qué.

PUTITA 3: Oyes, no. Nunca es temprano para el primer trago.

PUTITA 2: Ni para el primer faje.

PUTITA 1: Uy, ustedes... Van a hacer que se ponga colorado.

De nuevo las risas se interrumpen con la tos aguda de don Gregorio, y con un ademán enérgico de la Prima.

PRIMA: A ver, jovencito. Ven acá.

RUFINO: (Va) Sí, señora.

PRIMA: Aquí don Gregorio me dice que necesitas trabajar.

RUFINO: Sí, señora.

PRIMA: Don Gregorio es una persona muy generosa.

RUFINO: Sí, señora.

PRIMA: Te está haciendo un favor al traerte aquí, y más después de lo que pasó.

RUFINO: Sí, señora.

PRIMA: Pues, dale las gracias.

RUFINO: (Mirando al piso) Gracias, don Gregorio.

PRIMA: Él pagó la multa y arregló todo en la delegación; tú ya lo sabes, ¿no?

RUFINO: Sí, señora.

PRIMA: ¿Y le diste las gracias también por eso?

RUFINO: Gracias, don Gregorio. También por eso.

PRIMA: Don Gregorio espera que de ahora en adelante te portes bien. Y que aprendas a trabajar.

RUFINO: Sí, señora.

PRIMA: Él vendrá a visitarte diario. (Voltea con don Gregorio) ¿Diario? Sí, vendrá diario para saber cómo vas.

GREGORIO: (Se acerca a Rufino, le toma la cara) A la noche vengo, Rufino.

RUFINO: Sí, don Gregorio.

GREGORIO: Tenemos mucho de qué platicar tú y yo. (Un silencio) ¡Te portas bien!

RUFINO: Sí, don Gregorio.

PRIMA: Dile gracias otra vez.

RUFINO: (Apenas) Gracias.

Gregorio le hace una caricia en la mejilla, le sonrío con ternura. Luego se va. En cuanto sale, las otras tres rodean a Rufino, vasos en mano.

PUTITA 1: ¿Cómo dijeron que se llama esta criatura?

PUTITA 2: Estás bien bueno, muchacho. Date vuelta.

PUTITA 1: Ese pelón de don Grego no tiene malos gustos.

PRIMA: (Los presenta) Se llama Rufino... Y tú, mira: estas despistadas ni nombre tienen. Puedes decirles una, dos y tres, en cualquier orden; como quiera no entienden.

PUTITA 1: Si va a trabajar aquí...

PUTITA 2: ...Se impone una bautizada.

PUTITA 1: Primero hay que quitarle esa cara de susto.

PUTITA 3: Oyes, niño; llégale para que te emparejes.

PUTITA 2: Pero tú ya estás re adelantada, manita.

Lo hacen tomar de sus vasos.

PRIMA: No vayan a enfermarlo; luego qué cuentas entrego.

PUTITA 1: Uy, con la prima tan propia.

PUTITA 2: ¿Lo quieres para ti sola...?

PRIMA: Mejor llévenlo a la cocina y denle algo de comer.

RUFINO: Sí. Tengo hambre. Vamos a comer.

PUTITA 1: Confiesa, malvado. ¿Eres virgen?

PUTITA 2: Antes, una copa especial. Para turista.

PUTITA 3: Un aperitivo rápido y fulminante; sí.

Las tres se precipitan a la cantina, donde preparan un brebaje.

PRIMA: (Aparte) Empezarás por ocuparte de la puerta. Debes fijarte bien quién entra y quién sale;

a qué horas y cómo. Esto es muy delicado, niño. Este, ¿cuántos años tienes?

RUFINO: (*Titubea*) Quince, dieciséis... No, catorce.

PRIMA: Bueno, bueno. Luego irás aprendiendo otras cosas: la cantina, el teléfono. Depende de ti, muchacho. Pero no quieras pasarte de lanza, ni pensar por tu cuenta. (*Pausa*) Al principio nomás casa y comida. ¿Qué hacías antes? Ah, sí. Don Gregorio dijo que de bolero, por Santo Domingo. Bueno, no necesito advertirte que estás a prueba, y a la primera pendejada te largas, ¿entendido? (*Pausa*) ¿Entendido? (*Rufino asiente con la cabeza*) También me dijo Gregorio que andas buscando a un tal... ¿Chícharo? ¿Para qué? ¿Te debe algo?

RUFINO: No, ni lo conozco.

PRIMA: ¿Entonces?

RUFINO: Nomás, por nada.

PRIMA: Cuéntame. (*Insiste*) Que me cuentes, niño.

RUFINO: (*Incómodo*) Es que, ando buscando a mi papá.

Las otras tres rompen a carcajadas y se acercan con una copa enorme.

PUTITA 3: Para ti. (*Ofrece la copa*) Especialmente para Rufinito.

PUTITA 2: Para el huerfanito... (*Risas*)

PRIMA: Una cosa sí te digo. El Chícharo que yo conozco no te conviene. Ni te le acerques...

RUFINO: ¿Lo conoce...? ¿Dónde vive...? ¿Con quién se junta?

PUTITA 1: En cambio don Grego, ése sí que te conviene.

PUTITA 2: Porque don Grego es... "un buen señor".

PUTITA 3: ¿Oyes? Un buen señor.

PUTITA 1: Sí señor.

PUTITA 2: Ya lo vas a conocer tú... Más a fondo. (*Todas ríen*)

PUTITA 3: A calzón quitado. (*Ríen más*)

PUTITA 1: Y en pelotas. (*Risas*)

PRIMA: Ya, basta. Contrólense... Que van a espantar a Rufino, y va querer escaparse.

PUTITA 2: (*Ríen sin parar*) Y eso sin hablar de sus amigos.

PUTITA 3: Rico, rico. Le harán rico, rico a Rufinico...

PRIMA: Ya estuvo, niñitas. Orden o me las ajusticio. *Silencio.*

RUFINO: ¿Dónde puedo encontrar al Chícharo, señora...? (*Pausa*) ¿Dónde está el baño? Me siento... Jodido.

LAS TRES: ¡Estreno, estreno! ¡Queremos estrenar a Rufinito!

Entre carcajadas alcohólicas, las tres chavas saltan alrededor de Rufino. A empujones se lo llevan a otro cuarto.

NUEVE

Fachada del edificio. Es media tarde. Rufino se descuelga desde una ventana del edificio hacia la calle. Al caer en la banqueta se encuentra frente al Ochoa. Hay una breve persecución hasta que el Ochoa lo acorralla. Una anciana pasa, reclama algo, y se aleja. Rufino aprovecha el instante para perderse entre los coches estacionados. A vuelta de rueda cruza una patrulla. Se detiene. El Ochoa se acerca al vehículo y habla con sus tripulantes. La patrulla se retira. El Ochoa sale por donde Rufino desapareció. Los ruidos de la calle han cubierto cualquier sonido humano.

DIEZ

Un terreno baldío. Son las 6:45 de la tarde. Al fondo, por encima de una barda, aparecen una por una cinco cabezas cubiertas con gorras pasamontañas. Cinco cuerpos. Cinco pares de brazos y piernas que saltan con agilidad hasta el terreno baldío. Cada uno busca su lugar, cierto espacio que ya tiene reservado desde antes: dos ladrillos, una piedra, una llanta vieja, etcétera.

CHEMO 1: ¿Y el Narices...?

CHEMO 2: No está.

CHEMO 1: Quedó de estar.

CHEMO 3: Ps, sabe.

CHEMO 1: ¿Y'ora?

CHEMO 2: No ha de tardar.

CHEMO 3: Éste se afanó dos chicos.

CHEMO 1: A verlos.

CHEMO 4: (*Muestra dos botes*) ¿Eh...?

CHEMO 1: No vamos a ajustar.

CHEMO 3: Ps, ¿cuántos somos?

CHEMO 1: Eso. Con el Narices, ¿cuántos somos?

CHEMO 3: Ps, cuenten.

CHEMO 2: ¿Cuántos son dos y dos? ¿A ver?

CHEMO 4: Más aquél.

CHEMO 2: Más el Narices. (*Un silencio*)

CHEMO 1: ¿Trajiste las bolsas, tú?

CHEMO 4: Ya mero ni venía.

CHEMO 3: Ése... que role el bote, ps.

CHEMO 1: Órale, las bolsas.

CHEMO 4: Mi jefa cerró con candado.

CHEMO 1: No manches.

CHEMO 4: Yo estaba adentro del cuarto, y... tuve que saltar.

CHEMO 1: Bueno. A ver esas bolsas.

CHEMO 3: Ya... Que role el bote, ps.

En tanto se reparten bolsas y se desprenden de las gorras, uno de ellos se asoma por la boca de un enorme tubo de concreto, atrás de un montón de basura.

CHEMO 5: ¿Ya vieron? Allá adentro, ¿quién es ése?

CHEMO 1: (*Se acerca*) ¿El Narices?

CHEMO 5: Qué va a ser. Qué va a ser.

CHEMO 4: Está re oscuro.

CHEMO 2: Díganle que salga. (*Pausa*) Sal, tú.

CHEMO 4: Ni se mueve. Sal, tú.

Una pausa. Por la boca del tubo aparece Rufino.

CHEMO 5: ¿Qué? ¿Cuál es tu pedo, güey?

CHEMO 1: ¿Qué se te perdió por aquí?

CHEMO 5: A ver si te vas largando, pero ya.

CHEMO 1: ¡A la chingada! ¡A la chingada!

CHEMO 5: ¡O te agarramos a piedrazos!

Acorralan a Rufino. Un silencio.

CHEMO 2: Espérense, pérense. Yo lo conozco. Ya lo he visto por aquí con el Globero, ¿qué no? Es Rufino.

CHEMO 5: Como quiera; fuera, fuera.

RUFINO: Chale, aguántenme un rato.

CHEMO 5: *(Lo empuja)* Nada, qué. Sácate. Rapidito.

RUFINO: Luego me voy. Nomás que oscurezca.

CHEMO 2: Calmados. A este güey lo traen en chinga. ¿Qué no ven?

CHEMO 5: *(Lo empuja)* No le hace; fuera, fuera.

CHEMO 1: *(Se acerca)* ¿Por qué te madrearon? ¿Quién fue?

CHEMO 2: ¿A poco traes algún tira detrás...?

RUFINO: Pues, hay uno. Uno que no me suelta ni a madres. Es del edificio de junto... Es el Ochoa.

CHEMO 2: Uta, el Ochoa. Ese mono está re locote.

CHEMO 3: *(Desde lejos)* Ya, ya... Que role ese bote, ps...

Un silencio.

CHEMO 1: ¿No esperamos al Narices... o qué?

CHEMO 4: Ese ya ni vino. Ya no.

CHEMO 1: A güevo que llega. Es que se fue a talonearse uno grande. De cinco mil, me dijo.

CHEMO 4: Así dice. Siempre, así dice.

CHEMO 1: No, hijo. El de la tlapalería manda. Lo que despache es bueno.

CHEMO 3: Ya... Que role el bote, ps... Que role.

Destapan un bote y reparten su contenido en bolsas de plástico.

CHEMO 2: Ese Rufino... Lléguele. Lléguele a su debilidad... ¿O qué pedo? *(Le ofrece su bolsa)*

RUFINO: Este, no. Mejor... luego. Al rato me voy.

CHEMO 4: Aliviana los cigarros. De perdis.

RUFINO: No traigo. Nada de nada.

CHEMO 4: Tú sí estás jodido, Rufino. Me cae que sí. *Del interior del tubo de desagüe sale el Globero.*

CHEMO 1: Ese Globero... Ahí estabas. Ni te vimos...

CHEMO 4: Órale, mi Globero. Estamos en la repartición.

El otro saluda con la cabeza. Apenas sonrío.

CHEMO 1: ¿Le llegas o qué...? ¿Ya andas hasta atrás, güey? Está bueno. Mejor. *(Pausa)* Te emparejas luego.

CHEMO 4: En la segunda vuelta. *(Pausa)* Ps, el Narices no tarda. Él viene con la refacción. El quedó...

El Globero lanza una cajetilla de cigarros que alguno alcanza a atrapar. Luego se apoya en el hombro de Rufino para conservar el equilibrio. Los Chemos se desplazan por el baldío. Se repegan a las bardas; se recuestan sobre montículos de basura. Contemplan sus respectivas bolsas con cuidadoso respeto. Amorosamente. Inician el rito de soplar y aspirar. Soplar y aspirar de su bolsa de plástico transparente.

GLOBERO: Hazme caso, Rufus. *(Pausa)* Te puedes quedar aquí. Mientras tú quieras. *(Pausa)* El Ochoa no se mete hasta acá. Ni puede.

RUFINO: Gracias, Globero. Me alivianaste pero ya me voy...

GLOBERO: ¿Por qué me desprecias?

RUFINO: Ya te dije. Ando tras el Chícharo...

GLOBERO: Sí, el Chícharo. Pero... ¿para qué carajos...?

RUFINO: Uta, tú también chingas con eso. Todo mundo me pregunta lo mismo. ¿Qué pedo? Quiero saber cómo es.

GLOBERO: ¿Para qué chingados?

RUFINO: Quiero verle la cara. Ver cómo se ríe. Oírlo hablar... Oír qué cosas dice. *(Un silencio)*

GLOBERO: ¿Qué le vas a pedir?

RUFINO: Nada.

GLOBERO: Si ese Chícharo es tu jefe, como dices...

RUFINO: Nomás quiero decirle quién soy. Que sepa que existo. *(Pausa)* Porque seguro ni sabe. *(Silencio)*

Como gatos al atardecer; las siluetas de los Chemos vagan en la penumbra del baldío. Unos inventan dibujos en el aire. Otros improvisan danzas extrañas. Toses aisladas.

RUFINO: Órale, Globo. Tú sabes dónde puedo hallar a ese Chícharo. No te hagas, pinche gordinflón.

GLOBERO: Por ahí supe. Se junta con unos briagos. Son como un club. Si es el mismo Chícharo que dices...

RUFINO: ¿Dónde lo busco, Globo? ¿Cuál club?

GLOBERO: El club de los... batracios, creo. No sé qué pedo. Pero, Rufus. Tú mejor olvídate de eso. No te aparezcas por las calles. Ese Ochoa está cabrón. A la próxima, no te le escapas vivo.

RUFINO: Ya sé.

GLOBERO: ¿O qué quieres, güey? ¿Que te mate?

Un silencio.

RUFINO: El Ochoa me aprecia.

GLOBERO: Pero se supo que le ganaste con un entrego chanco. Una yerbabuena y quién sabe cuánta feria. Hasta los canijos se le han volteado, dicen.

RUFINO: El Ochoa me aprecia. En el fondo, se preocupa por mí. Porque me aprecia.

GLOBERO: Hazme caso, Rufus. Un día de estos amaneces tasajeado. Por pura pinche equivocación o lo que quieras pero...

RUFINO: Como el de esta mañana. Afuera de la tintorería. *(El otro le pone la mano sobre su cabeza)* Pero tranquilo mi Globo. Aquí sigo. ¿No me ves?

GLOBERO: Hazme caso, Rufus. *(Pausa)* Quédate.

Las siluetas se mueven por la barda, entre la basura. Algún Chemo tose tercamente y escupe flemas. Otro lloran con la cabeza entre las rodillas. Otros Chemos juegan con un envoltorio de periódico y trapos, a manera de balón. El bulto vuela por los aires hasta Rufino, quien lo atrapa. Lo va a lanzar de regreso, pero lo palpa mejor y se pone rígido.

RUFINO: Oigan... Qué güeyes... Si es un niño.

CHEMO 5: *(Desde lejos)* No mames, tú... échalo.

RUFINO: Es un niño...

CHEMO 4: *(Impaciente)* Pero está muerto. No hay pedo.

RUFINO: Es... un niño.

CHEMO 5: Órale, acá. Un globito. Viene. Rufino, ¿qué pasó?

Uno de los Chemos pasa junto a Rufino, le arrebató el envoltorio y sigue corriendo. Los otros tratan de interceptarlo. Todos se mueven en cámara lenta, sin peso, como si flotaran en el espacio.

CERO: *(Se asoma por encima de la barda.)* Rufino. Rufino. ¿Estás ahí?

RUFINO: ¿Qué quieres...?

CERO: Qué bueno que te encuentro, carnal.

RUFINO: No tienes madre, después de la papelería...

CERO: Te conviene, carnal. Hay uno que conoce al Chícharo...

RUFINO: (*Se acerca a la barda*) ¿Quién es?

CERO: Ven conmigo.

RUFINO: Dime quién es, carajo.

CERO: Es Félix, el viejo... (*Pausa*) Tiene un club... Nos está esperando. Órale.

Rufino sube a la barda.

GLOBERO: (*Le grita*) Hazme caso, Rufino.

RUFINO: Mañana, mi gordo. Mañana sí te hago caso.

Rufino y el Cero desaparecen tras la barda. Acá en el baldío, el Globero se hace del envoltorio y corre entre la basura. Los Chemos lo alcanzan en bola, se le echan encima y lo derriban entre risas, formando un montículo de sombras.

ONCE

Fachada del edificio. De noche. Rufino y el Cero caminan por la banqueta.

CERO: Por ésta, carnal. Yo qué iba a saber que el Trueno te iba a dejar morir solo. Si eres carnal, si somos de los mismos.

RUFINO: Tú... y tu pinche encantador de serpientes.

CERO: Aliviánate. Y alucina que ese güey ha de estar en la Cruz roja.

RUFINO: Ni madres, Cero, eres bien hablador.

CERO: Déjame que te diga. Se estaba agasajando con la del salón de belleza, en la otra cuadra, (*se ríe*) cuando algún malora le incendió su camioneta. Uta. Hubieras visto qué griterío.

RUFINO: Fuiste tú, pinche Cero.

CERO: ¿Yo?, soy incapaz de chingaderas así.

RUFINO: Ps, el Globero no fue.

CERO: (*Se detiene de repente*) Aguas. Desaparécete por el zaguán. (*Lo empuja*) Le dije al viejo que buscabas al Chicharo y dijo: "Mándamelo... Órale. Don Félix está en la bodega de abajo, está esperándote en su agujero. Ya pélate, ¿qué no oyes?

Rufino desaparece por el zaguán.

CERO: (*Se recarga en la pared, procura pasar inadvertido, mientras el Ochoa cruza la calle; de su brazo cuelga una güera que ríe tontamente. Al pasar junto al Cero lo sujeta violento*) ¿Yo qué...? Ochoa, ¿yo por qué? Ochoa, ¿qué te hice o qué?

OCHOA: ¿Dónde está Rufino...? (*Le dobla el brazo*)

CERO: ¿Cuál? Ah. No sé...

OCHOA: (*Lo dobla hasta atrás*) Dime dónde anda el güey.

CERO: (*Con dolor*) ¿Rufino? Pos estará en el tambo. (*El otro presiona más fuerte, hasta obligarlo a gritar*) No lo he visto. Ochoa, no lo he visto. Suéltame... Me cae que... te juro que... ay.

Alaridos del Cero. Risas de la mujer. Mentadas del Ochoa. Ladridos nocturnos.

DOCE

En la bodega. En oscuro, Rufino baja algunos escalones y llega hasta una puerta ancha y vieja. Golpea. Silencio.

RUFINO: *(En un susurro)* Viejo... Viejo Félix. *(Silencio)* Me dijeron que viniera. *(Silencio)* Soy Rufino. ¿Puedo entrar?

Empuja la puerta lentamente. Entra. El oscuro es casi total. En las tinieblas se oye la voz del viejo.

FÉLIX: ¿Por qué no habías venido? *(Pausa)* Hace mucho que te miro entrar y salir por ese zaguán; pero siempre andas en otras cosas. Supe que ya no tienes casa; que ya eres de la calle otra vez. *(Transición)* Yo no he podido salir a barrer. Ni el zaguán, ni la escalera, ni la banqueta. No encuentro mi escoba. Y digo: mañana me pongo a barrer, pero nada. Me la habrán escondido, y por eso. *(Transición)* ¿Cómo te llamas? Ah, sí. Rufino. *(Un silencio)* ¿Por qué te vienes a meter hasta acá? Eres de la calle; tú te llevaste la escoba, no creas que no sé. *(Pausa)* Dicen que estoy loco y no me dejan salir de día. Me agarran a palos y me obligan a regresar a mi agujero. Sí. Me han quebrado dientes, toca. *(Un silencio prolongado)* Cuando ella llegó de sabe qué pueblo; tendría catorce años. Fue a dar a la delegación de por aquí cerca. Tres o cuatro enchamarrados la interrogaron sobre cualquier cosa. Tú sabes cómo es. La golpearon, la tiraron en una zanja del metro en construcción. *(Pausa)* De ahí la levantó el Chícharo. *(Pausa)* Bien que ha rodado ese méndigo Chícharo, me cae. *(Pausa)* Pero no te hagas para atrás, niño. Lo que tengo no se le pega a nadie. Sí. A veces me dan ataques, y algunos se asustan porque tengo los ojos saltones. *(Pausa)* ¿Cómo te llamas... Ah, sí... Rufino. *(Un silencio)* Rufino. El mismo día que naciste, te envolvió en papel periódico y te dejó en un baldío. Ahí te encontré, escuincle, no voy a saber. Chillando como animal. Con el hocico y las narices despellejadas. La panza inflada como globo, dura como tambor. Y moscas hasta por adentro de las orejas. Batido en la porquería. Era abril. Me acuerdo por el calorón, no se aguantaba. *(Un silencio)* Estamos en abril otra vez, Rufino. Pero ya no es como antes. La fruta está podrida. La verdura está marchita. ¿Quién va a querer comprar? Casi nadie... El mercado cierra más tarde, por ver si vende un poquito más, pero... Estamos en abril otra vez, Rufino. Ya no es como antes. El buen pulque ya no llega hasta aquí. *(Un silencio)* En abril, otra vez, y ni siquiera ha llovido una noche. ¿No sientes el bochorno? Acá abajo es peor. *(Pausa)* A quién echarle la culpa, Rufino. ¿A papá? Sería bueno. Yo también voy a buscar un papá, y a reclamarle tanta cosa. *(Un silencio)* Pero todos somos hijos de uno solo. Claro, aparte de ser hijos de la chingada. Somos hijos del mismo, del único. De ese que ya no anda por aquí, por más vueltas que le demos. *(Pausa)* El Chícharo que buscas, si es el mismo, podrás mirarlo pronto, más al rato. Primero quiero enseñarte otra cosa. *(Pausa)* Bueno, acércate. Tú te llamas... Rufino. *(Un silencio)* Rufino, sí. Has de tener como... ¿diez años? No, no, tienes más. Varios más. Estás flaco, macizo. Cargas bultos en el mercado, ya te he visto. Acércate, no te alcanzo bien. No tengas miedo. El amor de viejo es el amor más sabio. Amor limpio, tan inocente como el amor de un niño. Es amor que ya no se equivoca. Ven.

En la penumbra, Rufino retrocede y sale por donde llegó. El viejo manotea en el vacío de la bodega. En el piso de arriba se oye una carcajada de mujer, el llanto de un bebé y un nostálgico cha-cha-chá.

TRECE

En el zaguán. A media noche. Rufino se escurre por la banqueta. De la puerta angosta surge el brazo pequeño y delgado de Xóchitl, que detiene a Rufino.

XÓCHITL: Ru. Ru.

RUFINO: ¿Cómo estás?

XÓCHITL: Con miedo...
 RUFINO: Estás temblando.
 XÓCHITL: ¿Dónde vas, tú?
 RUFINO: Al callejón.
 XÓCHITL: Colgaron un judas. A media noche lo truenan.
 RUFINO: Sí, pero yo voy a... arreglar un pendiente.
 XÓCHITL: Ru. Ru.
 RUFINO: Luego vengo por ti.
 XÓCHITL: Te espero en la feria.
 RUFINO: Eso, espérame en la feria.
 XÓCHITL: Y después... ¿A dónde, Ru?
 RUFINO: Sepa... Pero nos vamos los dos.
 XÓCHITL: Nos iremos lejos.
 RUFINO: Ya verás.
 XÓCHITL: Te voy a esperar en la feria.
 RUFINO: Órale. Como quedamos. (*Se besan*)
 XÓCHITL: Ru. Ru.
 RUFINO: Sí.
 XÓCHITL: Ahí voy a estarme, hasta que llegues.
 RUFINO: Ahí voy a llegar. (*Se aleja*)
 XÓCHITL: Hasta que llegues, Ru. Voy a estarme hasta que llegues.

Rufino se va. Xóchitl desaparece en la oscuridad del zaguán.

CATORCE

Un callejón mal alumbrado. De alguno de los alambres que cruzan de lado a lado, cuelga la figura de un judas de cartón, que se balancea al viento. Entre la barda y el filo de la banquetta se mueve un grupo de borrachines anónimos que, pocillo en mano, tararean la canción "Un mundo raro". Ahí junto, una mesita con una parrilla donde humean dos ollas, una de café y otra con té de hojas. Botellas de aguardiente junto a un pequeño tanque de gas. Atiende la Señó, quien le sirve a Rufino.

LA SEÑÓ: No entiendes. Todavía andas por aquí.
 RUFINO: Al rato, señó. Al rato ya me voy.
 LA SEÑÓ: Ahí te lo haya, ya sabes con quién.
 RUFINO: Ya no se apure, señó.
 LA SEÑÓ: Cuántas llevas.
 RUFINO: La última, señó... La última y me voy. Un rato más aquí con los socios, y piro.
Los borrachines anónimos forman un grupo compacto, que se mueve como un solo organismo. Rufino va con ellos.
 SOCIO 1: Éntrale. Aquí hay lugarcito para uno más.
 SOCIO 2: No hay que ser, mi buen.
 SOCIO 3: Apenas es una criatura.
 SOCIO 1: En la banquetta, yo digo. Siempre hay lugar para uno más... En la banquetta.
 SOCIO 2: Pásale a lo barrido, mi buen.
 SOCIO 3: ¿Quieres un beso?

SOCIO 1: Quieta, Chicharra.
 SOCIO 2: Mejor dale un tinlarín.
 SOCIO 4: Toques, toques. ¿Quién quiere sus toques?
 RUFINO: (*Alza el pocillo*) A la salud del judas.
 SOCIO 1: (*Después de beber*) A ver, a ver. ¿Cómo vamos?
 SOCIO 2: ¿Desde qué horas?
 SOCIO 1: Desde que se abrió la gloria.
 SOCIO 2: Como siempre, mi buen.
 SOCIO 3: Nunca aumentamos la dosis.
 SOCIO 4: Nunca aceleramos el paso.
 SOCIO 3: Y eso que no es una noche cualquiera.
 SOCIO 4: Una noche especial es ésta.
 SOCIO 2: Noche de sabadito santo, mi buen.
 SOCIO 3: Cuando la gloria se puede abrir para todos.
 SOCIO 1: Ya se abrió para uno. Por eso, yo quiero decir algo.
 SOCIO 2: ¿Para qué decir pendejadas, mi buen?
 SOCIO 3: ¿Para qué chingados moverse, pues?
 SOCIO 2: ¿Para qué gastar energías?
 SOCIO 4: Toques, toques. ¿Quién quiere sus toques?
 SOCIO 1: Ahora en la mañana, ayer, al salir el sol. Es bueno recordarlo. Un miembro del club llegó a su meta.
 SOCIO 2: ¿Cuál meta?
 SOCIO 4: ¿Cuál club?
 SOCIO 3: ¿Cuál miembro?
 SOCIO 1: Quieta, Chicharra.
 SOCIO 4: El club de los escarabajos peloteros.
 SOCIO 2: Sí, sí. Tú no llegabas, mi buen, cuando estuvimos discutiéndolo. Cuál pinche grupo de batracios. No. Escarabajos, eso somos, ¿eh?
 SOCIO 3: La bola de los escarabajos.
 SOCIO 2: Eso somos, me cae.
 SOCIO 4: Y ni color, socio. Nomás empujando la bola de mierda de los demás.
 SOCIO 3: Mierda desconocida.
 RUFINO: ¿Por qué no tronamos al judas...?
 SOCIO 1: Ps, aleluya por tan cachonda proposición.
 RUFINO: ¿Verdad que sí? Si ha de tronar, que truene.
 SOCIO 1: Yo que había preparado un discurso por el socio que se fue. Pero ni qué decir, más que ponernos como él hubiera querido estar, si estuviera con nosotros.
 SOCIO 4: Salucita. Por esa bola de caca, que crece y que crece. Salú.
Beben en silencio.
 RUFINO: ¿Por qué no ha tronado ese judas?
 SOCIO 3: ¿Qué te importa?
 SOCIO 2: Porque todavía no es su hora, mi buen.
 RUFINO: Uta, pero desde cuándo sonaron las doce.
 SOCIO 3: Eso sí. Las campanas sonaron hace un chingo.
 SOCIO 1: Si no puedes cerrar las nalgas, cierra el hocico, Chicharra. (*Un silencio*)
 SOCIO 2: Chicharra... Chicharra. Llévate a este muchacho de aquí. Anda muy inquieto; a ver qué puedes hacer por él.

Todos beben en silencio. Del grupo compacto se desprende una figura alta, de caballera entre dorada y mugrosa, zapatos de pulsera y boca con pintura oscura. La Chicharra toma a Rufino del brazo y lo separa de los otros, que van a apoyarse en la pared, como para impedir que ésta se les venga encima.

CHICHARRA: *(Por el judas)* Yo traje ese monigote; los otros ni querían; pero es algo sentimental para mí. ¿Te gusta?

RUFINO: No parece ni diablo. Más parece charro, con ese sombrero. *(Un silencio)*

CHICHARRA: *(Cachondo)* ¿Y qué pasó, pues?

RUFINO: ¿Con qué? *(Pausa)* Ah, no. Nada.

CHICHARRA: ¿Traes billetes? O no más las ganas. *(Le mete la mano en la bolsa del pantalón)* Andas limpio, hijo. Pero me gusta cómo miras; así, de ladito. ¿Cómo te llamas? Nunca te había visto.

RUFINO: Pues, Rufino.

CHICHARRA: ¿Quién te puso así de feo?

RUFINO: Y a ti, ¿quién te puso Chicharra?

CHICHARRA: Estamos celebrando que se abrió la gloria, la pascua y todo eso. Si me insistes un poquito, pues, puedo darte servicio de gorrión. *(Pausa)* Órale, tú nomás me sigues.

RUFINO: Es que... ando buscando... otra cosa.

CHICHARRA: ¿No me digas...? ¿Y quién no? Busques lo que busques, conmigo ya lo encuentres, Rufinito. Aquí se te abrió la gloria. Hasta tu mamacita puedo ser, ¿eso buscas?

Un silencio.

RUFINO: Busco al Chícharo.

CHICHARRA: Ah... vaya. No quieres con la Chicharra. *(Silencio)* El Chícharo... ¿Quién te habló de él? *(La Chicharra se despoja suavemente de la peluca dorada; su voz es ahora más grave. Es notorio que es hombre)* Aquí hay servicio completo, te dije. *(Silencio)* Aquí tienes al Chícharo. *(Pausa)* ¿Así te gusto más? Puedo ser tu papacito. Bueno, sácate la mano de ahí y dame un besito, ¿eh?

De un tirón el travesti le baja el pantalón y trata de penetrarlo. Rufino grita. Del grupo de borrachines anónimos surgen mentadas al aire.

SOCIO 1: Que ya truene ese maldito judas.

SOCIO 2: Ese judas ni tiene cuetes. No truena.

SOCIO 4: Toques, toques. Quién quiere sus toques.

Y repique de campanas a todo vuelo, música hasta un volumen estridente.

QUINCE

Fachada del edificio. Cuando amanece, Rufino camina tambaleándose. Lo alcanza el Cero cerca del zaguán.

CERO: ¿Supiste, carnal? Los canijos apañaron al Ochoa.

RUFINO: Ya casi es de día.

CERO: Entiende. *(Lo sacude)* Andan cazando a todo el que les late. ¿Qué tienes?, ¿a dónde vas?

RUFINO: A la feria.

CERO: Pero, carnal. ¿No te digo cómo anda el pedo?

RUFINO: Voy a... A la feria.

CERO: ¿Cuál feria?, carajo.

RUFINO: ¿Eh...? Aquí, a la vuelta.

CERO: A estas horas. Espérate a que salga el sol...

RUFINO: ...A la feria.

CERO: Ha de estar cerrada; mejor vámonos.

RUFINO: Tengo que llegar.

CERO: Tenemos que desaparecemos, hijo. Con lo que pasó en el callejón. Pinche Globoero, andaba hasta atrás y ni en cuenta...

RUFINO: (*Ríe, pierde el equilibrio*) Hazme caso, dijo el Globoero. Hazme caso, dijo el Globoero. Hazme caso.

CERO: La explosión se oyó hasta el mercado. Habrá sido por el tanque de gas de la seño.

RUFINO: ¿Gas? ¿Cuál gas? Yo no vi nada, nada. Yo voy a la feria. Ahí quedé.

CERO: Si estabas junto al Globoero, ¿qué no? Cuando le lanzó el flamazo al judas.

RUFINO: Yo andaba en otro asunto.

CERO: Ahí estabas. Y cuando el judas ese cayó encima de la seño de las hojas. Y el pedo que se armó.

RUFINO: Fuiste tú, güey: Como en lo de la miscelánea, como en la papelería, como con la camioneta del Trueno... Fuiste tú. ¿De qué te ríes?

CERO: (Entre carcajadas.) El Globoero, Rufino. Fue el Globoero.

RUFINO: Me vale quién fue, yo me borro...

CERO: (*Jugando*) Aguas con el Globoero. Si lo ven, sáquenle la vuelta al Globoero. (*Risas de ambos*)

RUFINO: Apaguen al Globoero.

CERO: El Globoero anda caliente. Apáguenlo. Busquen una manguera de bombero y...

Rufino y Cero sufren una crisis de carcajadas grotescas, de risa angustiada. De pronto, frente a ellos aparece una figura con una enorme cabellera rizada y aspecto siniestro.

CERO: ¿Trueno...? ¿Eres tú...?

TRUENO: Hasta la risa se les atoró, hijos de la chingada.

Rufino y el Cero se quedan paralizados por un instante. Luego intentan correr hacia el callejón, pero sus movimientos son torpes. Trueno salta de un sitio al otro, los supera en agilidad y energía.

CERO: Escápate, Rufino. Órale, carnal, vete...

La navaja de Trueno resplandece con la luz del amanecer. Se establece una lucha entre los tres que se extiende por toda la escena. Ante un movimiento inesperado, Trueno, por atacar al Cero, cae sobre Rufino y lo acuchilla. Un grito simultáneo. Cero se precipita fuera de escena. Trueno corre tras él. Rufino se recarga en la pared. Da algunos pasos y se derrumba al filo de la banquetta. Amanece. Alguna persona pasa. Algún curioso se detiene. Alguien tira un trapo sobre el cuerpo sin vida. En primer término pasa una patrulla a vuelta de rueda, con sus luces intermitentes encendidas. Oscuro final.

JESÚS GONZÁLEZ DÁVILA